

¿La izquierda no puede vestir bien?

LA AUTORA DE *EL ESPEJO DE MARX*, DE PRÓXIMA PUBLICACIÓN EN PENÍNSULA, HACE UNA INGENIOSA REFLEXIÓN SOBRE LAS RAZONES POR LAS QUE TANTOS PROGRESISTAS CREEN QUE PONERSE CUATRO TRAJOS ES LO MÁS COHERENTE CON SUS IDEAS.

An te mis ojos todavía incrédulos, el grueso marco de madera de aquel viejo y olvidado espejuelo se tornó rojo, y en el cristal se manifestó el retrato más famoso de Karl Marx. Camuflado por el ropaje de un burgués decimonónico -monóculo a modo de péndulo incluido con el que un día se advirtieron las desigualdades que padecía el proletariado-, tan sólo su barba levantisca -más direccionada en el caso de Engels, más anárquica en Bakunin pero casi siempre revolucionaria desde Jesús- confirmaba estéticamente que aquel era el padre del socialismo. Y váyase a saber por qué, no se me ocurrió otra cosa -antes, claro, de salir por pies a contarlo- que formularle al espectro la siguiente pregunta: “¿La izquierda no puede vestir bien?” Como el anciano frunció el ceño, interpreté, quizás apresuradamente, que debía justificar mi interrogante no fuera a ser que debido a un malentendido me abandonara a mí, y a toda mi generación, a la más absoluta de las precariedades y miserias laborales que la patronal, con el apoyo, casualmente, de otra alemana, anda tramando.

Le relaté entonces la perplejidad de la mayoría de mis interlocutores cuando citaba en la nómina de políticos mejor vestidos -valorándolos en función de su coherencia ideológica (concordancia entre ideales y apariencia)- a Xosé Manuel Beiras o Juan Manuel Sánchez Gordillo. También, le hablé de mi estupor al descubrir que los asesores de Cayo Lara le recomiendan ocultar sus camisas moradas de cuello mao bajo sobrias americanas. Reprodujimos varias veces la queja irónica de Gaspar Llamazares: “Hay gente que piensa que los de izquierda tienen que ir vestidos de mono y vivir debajo de un puente”. Visionamos un vídeo en el que un “chatín” llamaba “feos” a los indignados y otro, en el que Alfredo Pérez Rubalcaba, ataviado como un miembro más de la troika a la que pretendía condenar, se atrevió a vociferar: “Yo vengo de un país del que de Europa sólo recibe hombres de negro y de gris”. Asimismo, repasamos una innumerable lista de dirigentes que -haciendo una lectura simplista y superflua- confunden la moda y el lujo con marcas caras, y fracasan al defender el ecosocialismo enfundados en prendas *low cost*

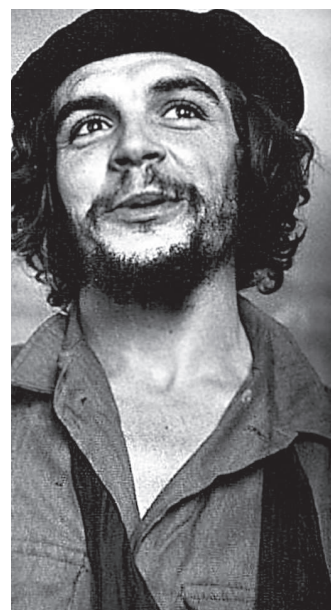
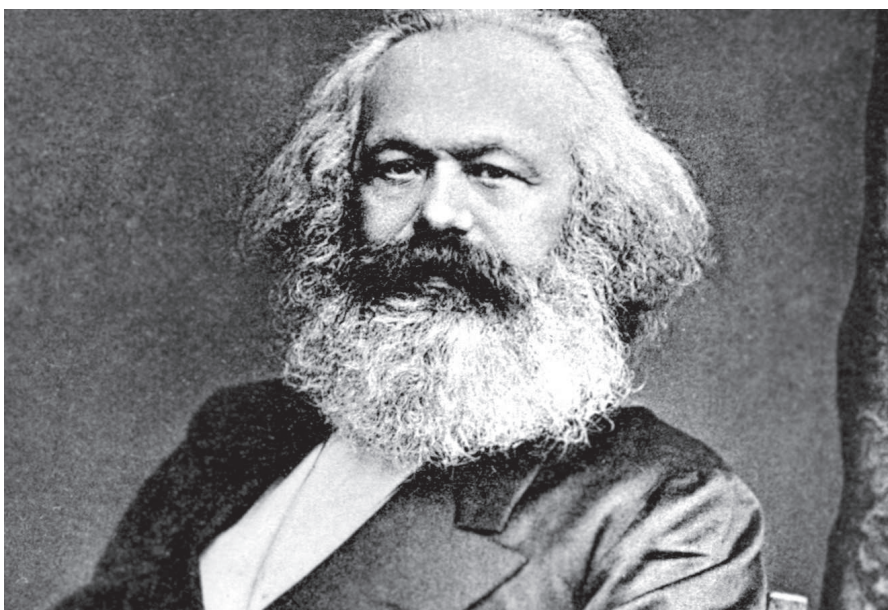


Por **PATRYCIA CENTENO**

Gallega residente en Barcelona, es una pionera en el estudio de la indumentaria como herramienta de comunicación política. Licenciada en Periodismo, analiza la actualidad desde el punto de vista de la imagen. En 2012 publicó su primer ensayo *Política y moda, la imagen del poder* (Península). También es la autora de www.politicaymoda.com.



“Hay gente que piensa que los de izquierda tienen que ir vestidos de mono y vivir debajo de un puente”



(dañinas para el medio ambiente, irrespetuosas con los derechos del asalariado y ofensivas para la propiedad intelectual).

Sin percatarme, poco a poco, la imagen del teórico se disipó y su lugar lo ocupó un enorme diván por el que empezaron a desfilar grandes líderes comunistas, de hoy y de ayer. Gracias a Dios -bueno, a Marx-, el primero en transmitirme su parecer fue el bueno de Salvador Allende. Arreglado como el más perfecto de los miembros de la *gauche divine* europea, “El Pije”, distinguido por sus características gafas Magnum, reflexionó en alto: “Después de todo, el camino hacia la revolución precisa de luchadores conscientes, no mal vestidos”.

REVOLUCIÓN FRANCESA

Tal defensa vino acompañada de un homenaje a la Revolución Francesa y a los *sans culottes*. A fin de cuentas, el traje burgués, que la derecha impuso como uniforme de la dictadura capitalista y que sirvió para ridiculizar y marginar cualquier otra vestimenta (reservándole el (des)calificativo de “inmoral”, “indigna”, “indecorosa”, “informal”, “radical”...), procede de un germen contestatario. Y es que el primer atuendo republicano -pantalón largo de rayas, carmañola (chaqueta corta y entallada), zapato con cordones y gorro frigio- surgió por oposición al estilismo de Luis XVI y su corte. Pronto, Santiago Carrillo, viéndose comparado con el lucir de Enrico Berlinguer, se apresuró a remarcar la gran perversión que la élite había cometido al apoderarse de ese vestido.

Pues aquel traje se modificó deliberadamente, con los primeros años de la industrialización, para enaltecer el gesto del inactivo al caminar, al sentarse, al escribir... y no para favorecer al hombre productivo. Como bien anotó el crítico de arte John Berger, “la arquitectura del traje deforma al trabajador” o, dicho de otro modo, en un encuentro entre dueño y obrero, aunque fueran vestidos idénticamente, el porte —el *habitus*, en palabras de Pierre Bourdieu— del

segundo desvelaría al instante su origen dejándole automáticamente en clara desventaja. Pero aunque finalmente, la socialdemocracia y el eurocomunismo acabaran acatando tales vestimentas como un compromiso indiscutible en favor de la paz (alienación indumentaria que supuso el inicio de la extinción de la estética claseobrerista en el panorama político), el uso del esmoquín, el chaqué o el frac se etiquetaron, sin reservas, de reaccionarios. Así que, según este acuerdo tácito, el estilismo que lucieron Carme Chacón y José Luis Rodríguez Zapatero en la polémica Pascua Militar de 2009 o Felipe González, y tantos representantes de la supuesta progresía de este país, en la boda de los príncipes de Asturias era “clasista” y, por lo tanto, reprochable. “Puede ser un prejuicio, pero lo cultivo amorosamente”, añadió Carrillo antes de desaparecer tras la nube arrojada por su sempiterno cigarrillo. Mientras, ya se había formado un corrillo en el otro extremo del espejo en el que Pasionaria intentaba convencer a Hugo Chávez sobre la idoneidad de colores más discretos: “El negro es lo lógico para una persona de clase modesta como yo. Con un vestido negro, aunque sea de tela barata, puedes ir a cualquier sitio. ¿Cómo voy a salir a la calle vestida de rojo como una bandera?”

Malcolm X le daba la razón a Dolores e incluso, ahora, recibía el apoyo de Cristina Fernández. La argentina, sin embargo, chocaba frontalmente con el infundado ascetismo de Mao. “¿Tendría que disfrazarme de pobre para ser una buena dirigente política?”, preguntó, sin esperar respuesta, la viuda de Kirchner. “Es mejor caminar descalzo que robando zapatillas”, murmuró su compatriota, el Che Guevara. El comandante contó enseguida con la sonrisa cómplice de José Mujica que, sin necesidad de galas folclóricas como Evo Morales y Rafael Correa, maldijo las ataduras del lazo burgués: “Yo tomo la presidencia como un trabajo y para trabajar no necesito corbata”. Lenin se abstuvo de contradecir al uruguayo y expresó su famo-

sa gorra obrera entre sus manos. A todo esto, Stalin y Kim Jong Il requirieron acomodarse mejor en el diván para confesar, por fin, que su apariencia trataba de disimular infinidad de complejos e inseguridades. Más relajada, jugueteando con el brillo de su *piercing*, se mostraba la joven y atractiva Camila Vallejo: “Yo no he escogido mi aspecto físico, pero sí mis batallas”. De repente, se hizo el silencio: acababa de aparecer Fidel Castro, el antes quijote de la guerrera verde olivo, en chándal.

“No, la izquierda no puede vestir bien”, concluyó finalmente el espejo de Marx sobre la cuestión que le había sido planteada. Pero cuando la derecha se precipitó en celebrar la confirmación de tan tremenda condena para su rival y la progresía se dispuso a darle ya la espalda para siempre a aquel humillante reflejo, el cristal interrumpió a su impetuoso público y prosiguió gozoso con su discurso: “No, la izquierda no puede vestir bien si eso significa someterse a las reglas estilísticas ordenadas por el conservadurismo para perpetuar un sistema político reaccionario. No, la izquierda no puede vestir bien si eso equivale a enfundarse un traje y atarse un lazo en el pescuezo, no por convicción o estrategia, sino por desidia. No, la izquierda no puede vestir bien si desconoce la historia con la que se tejió su guardarrópia. No, la izquierda no puede vestir bien si se muestra avergonzada e insegura frente al cuerpo y la indumentaria. No, la izquierda no puede vestir bien si es incapaz de defender su rico y plural vestuario y sentirse orgulloso, y no temerosa, ante las burlas constantes que emitirá su adversario para desestabilizarla. No, la izquierda no puede vestir bien si su adorno no respeta sus propias convicciones y valores. No, la izquierda no puede vestir bien si se uniformiza en nombre de la igualdad pero olvida la libertad. No, la izquierda no puede vestir bien si no entiende que la moda, como revolución, le pertenece. No, la izquierda no puede vestir bien si no vuelve a tomar conciencia”.

“No, la izquierda no puede vestir bien si se uniformiza en nombre de la igualdad, pero olvida la libertad”